

1.

En donde se cuenta una historia

Así es.

Hay una bruja en el bosque. Siempre ha habido una bruja. ¿Te puedes estar quieta un momento, por favor? ¡Juro por todas las estrellas que nunca había visto a una niña tan inquieta!

No, mi amor, no la he visto. Nadie la ha visto. No en mucho tiempo. Hemos tomado medidas para asegurarnos de no verla nunca.

Medidas terribles.

No me hagas decírtelo. Después de todo, tú ya lo sabes.

Uy, eso no lo sé, mi amor. Nadie sabe por qué sólo quiere puros niños. Nadie sabe tampoco por qué insiste en que siempre tenga que ser el más pequeño de todos. Y no podemos simplemente llegar

y preguntarle. Nadie la ha visto nunca. Nosotros nos hemos asegurado de que nadie la vea.

Desde luego que existe. ¡Qué pregunta es ésa! ¡Nada más mira el bosque! Está lleno de peligros: hay humo venenoso, dolinas y géiseres con agua hirviendo. ¿Piensas que el bosque es así nada más por casualidad? ¡Tonterías! Eso es obra de la Bruja, y ¿qué será de nosotros si no hacemos lo que nos pide?

¿De verdad necesitas que te lo explique?

Preferiría no hacerlo.

Ya, shhh, no llores. Tampoco es que el Consejo de los Mayores vaya a venir por ti en este momento. Ya estás muy grande para eso.

¿A alguien de nuestra familia?

Sí, mi vida. Fue hace mucho tiempo. Antes de que tú nacieras. Era un niño precioso.

Ahora termínate la cena y haz todos tus pendientes. Mañana nos tenemos que levantar muy temprano. El Día del Sacrificio no espera a nadie y debemos estar todos presentes para darle las gracias al niño que habrá de salvarnos por un año más.

¿Tu hermano? ¿Cómo podría pelear por él? Si lo hiciera, la Bruja nos mataría a todos y entonces ¿qué sería de nosotros? Sacrificamos a uno o sacrificamos a todos. Así son las leyes de este mundo. No podríamos cambiarlas aunque lo intentáramos.

Y ya fueron demasiadas preguntas. Vamos, fuera de aquí, niña traviesa.

2.

En donde una desafortunada mujer se vuelve completamente loca

El Gran Consejero Gherland se tomó su tiempo esa mañana. Después de todo, el Día del Sacrificio ocurría una vez al año y a él le gustaba verse impecable durante la sobria procesión hacia la casa encantada, y también durante la sombría retirada. Animaba a los otros Consejeros a que siguieran su ejemplo: era importante darle al pueblo un espectáculo.

Con mucho cuidado se puso rubor en sus flácidas mejillas y se delineó los ojos con gruesas rayas de kohl. Se miró los dientes en el espejo para asegurarse de que no le hubieran quedado restos de comida o alguna basurita atorada. Le encantaba ese espejo. Era el único en todo el Protectorado y nada le causaba

más placer a Gherland que saberse poseedor de algo único. Le gustaba ser *especial*.

El Gran Consejero poseía muchas cosas que eran únicas en el Protectorado; era una de las ventajas de tener ese trabajo.

El Protectorado —conocido por algunos como el Reino de Cattail y, por otros, como la Ciudad de las Desdichas— tenía de un lado un bosque peligroso y, del otro, un Pantano enorme. La mayoría de los habitantes del Protectorado se ganaban la vida gracias al Pantano. Las madres les decían a sus hijos que recorrer el Pantano y conocer sus secretos podría proporcionarles una fuente de trabajo en el futuro. En realidad no se trataba de un gran futuro, pero era mejor que nada. Ustedes me entienden. El Pantano se llenaba de brotes de Zirin en primavera, de flores de Zirin en verano y de bulbos de Zirin en otoño; sin contar la enorme variedad de plantas, en el límite entre lo mágico y lo medicinal, que se podía sembrar, preparar, tratar y luego vender a los Comerciantes del otro lado del bosque, quienes a su vez transportaban las frutas del Pantano a las lejanas Ciudades Libres. El bosque en sí era bastante peligroso y sólo se podía pasar al bosque por el Camino.

Y los Consejeros eran los dueños del Camino.

Lo que equivalía a decir que el Gran Consejero Gherland era el dueño del Camino, mientras que los demás Consejeros recibían una tajada. Los Consejeros también eran los dueños del Pantano, y de los huertos, y de las casas, y de los mercados públicos. Eran dueños hasta de los jardines.

Esto explicaba por qué las familias del Protectorado hacían sus zapatos de juncos. Esto también explicaba por qué, en tiempos de escasez, los padres alimentaban a sus hijos con el caldo pesado y espeso del Pantano: tenían la esperanza de que el Pantano los hiciera más fuertes.

Los Consejeros y sus familias, en cambio, crecían grandes y fuertes y con las mejillas rosadas porque se alimentaban de carne, mantequilla y cerveza.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo entre dientes el Gran Consejero Gherland mientras ajustaba los cordones de su traje de ceremonias.

Era Antain, su sobrino. Un Consejero en formación, pero sólo porque Gherland, en un momento de debilidad, se lo había prometido a la ridícula madre de este ridículo niño. Pero eso no fue muy amable que digamos. Antain era un muchacho bastante agradable que estaba por cumplir trece años de edad. Trabajaba duro y aprendía rápido cuando estudiaba. Era bueno con los números y hábil con las manos, y era capaz de construir, en un dos por tres, una banca cómoda para un Consejero cansado. Y, a pesar suyo, Gherland se había encariñado mucho con el muchacho; cada vez más y de un modo inexplicable.

Sin embargo...

Antain tenía grandes ideas, sueños grandiosos, y *preguntas*. Gherland fruncía el ceño. Antain era... ¿cómo decirlo?, ponía demasiado empeño. Si esto seguía así, tendría que ajustar

cuentas con él, aunque fuera su pariente de sangre. El sólo pensarlo le removió el corazón, como si a Gherland se le hubiera atorado una piedra en el pecho.

—¡TÍO GHERLAND! —Antain por poco derriba a su tío a causa de su entusiasmo insoportable.

—¡Tómalo con calma, muchacho! —le dijo el Consejero bruscamente—. ¡Ésta es una ocasión solemne!

Fue notorio cómo el chico relajó su cara ansiosa; una cara ladeada como de perro que mira hacia el piso. Gherland apenas pudo contener las ganas de darle unas palmaditas en la cabeza.

—Me enviaron para decirte que los otros Consejeros ya están listos —continuó Antain con una voz muy suave—, y toda la gente aguarda a lo largo del camino. No falta nadie.

—¿Todos? ¿No hay haraganes?

—Después del año pasado, no creo que vuelva a haber ni uno solo —dijo Antain y sintió un escalofrío.

—Qué lástima —Gherland volvió a mirarse al espejo y se dio unos últimos toques de rubor. Le gustaba mucho darles lecciones ocasionales a los ciudadanos del Protectorado. Eso aclaraba cosas. Se dio unos golpecitos en la papada y frunció el ceño.

—Muy bien, querido sobrino, partamos —le dijo mientras daba un giro artístico con su traje ceremonial; un movimiento que le había tomado poco más de una década en perfeccionar—. Después de todo, ese bebé no se va a sacrificar solo —dijo esto y se deslizó hacia la calle con Antain tropezando detrás.



Por lo regular, el Día del Sacrificio transcurría de principio a fin con toda la pompa y solemnidad que le eran propias. Los niños eran entregados sin mayor objeción. Sus familiares adormecidos los lloraban en silencio, con tazones de consomé y montones de comida nutritiva apilada en sus cocinas, mientras los brazos reconfortantes de los vecinos formaban un círculo alrededor de ellos para aminorar su dolor.

Por lo general, nadie rompía las reglas.

Pero esta vez no fue así.

El Gran Consejero Gherland apretó los labios. Podía escuchar los gritos de la madre antes de que la procesión diera vuelta en la última calle. Los ciudadanos comenzaron a moverse, intranquilos, en su lugar.

Al llegar a la casa de los familiares, los miembros del Consejo de los Mayores se encontraron con algo sorprendente. Les abrió la puerta un hombre con el rostro casi deshecho; tenía el labio inferior hinchado y sobre el cuero cabelludo se le veían manchas de sangre: las marcas de los puntos en donde le habían arrancado los cabellos. Intentó sonreír, pero su lengua cubrió instintivamente el hueco donde poco antes había tenido un diente. Optó por mojarse los labios y hacer una reverencia.

—Lo siento mucho, señores —dijo el hombre, seguramente era el padre—. No sé qué le pasa a esta mujer. Es como si se hubiera vuelto loca.

Una mujer comenzó a gritar y a aullar desde las vigas del techo en cuanto los Consejeros entraron en la casa. Sus negros cabellos se agitaban como si su cabeza fuera un nido de serpientes voladoras. Siseaba y escupía como si fuera un animal acorralado. Estaba colgada de una de las vigas del techo con un brazo y una pierna, mientras con el otro brazo sujetaba fuertemente a un bebé contra su pecho.

—¡FUERA DE AQUÍ! —gritó—. No se la *pueden* llevar. Yo maldigo sus nombres y les escupo en la cara. ¡Fuera de mi casa en este momento o les arrancaré los ojos y se los echaré a los cuervos!

Los Consejeros la miraban boquiabiertos. No podían *creerlo*. Nadie peleaba por un niño destinado al sacrificio. Simplemente nadie *hacía* algo así.

(Antain comenzó a llorar. Se esforzó para que los adultos que estaban en la habitación no se dieran cuenta).

Gherland pensó rápido e intentó poner una expresión de amabilidad en su ajado rostro. Volvió las palmas de las manos hacia la madre en señal de que no pensaba hacerle ningún daño a la bebé. Chasqueaba los dientes detrás de su sonrisa. Toda esta amabilidad que mostraba estaba matándolo.

—Querida muchacha, no nos la vamos a llevar. Pobrecilla, estás confundida —dijo Gherland con la voz más paciente de que fue capaz—. La *Bruja* es quien se la va a llevar. Nosotros simplemente hacemos lo que ella nos manda.

La madre hizo un ruido gutural que salió desde lo más hondo del pecho, como una osa enojada.

Gherland puso una mano sobre el hombro del esposo, quien estaba perplejo y, tras darle un suave apretón, le dijo:

—Me parece que tienes razón, querido amigo, tu esposa se ha vuelto loca —el hombre hizo un gran esfuerzo para ocultar su enojo y puso cara de preocupación—. Es un caso muy raro, desde luego, pero no sin precedentes. Y nosotros debemos responder con compasión. Ella necesita que la cuiden y la atiendan, y no que le echen la culpa.

—¡MENTIROSO! —escupió la mujer. La bebé comenzó a llorar y la mujer se subió más todavía, colocando los pies de manera paralela sobre las vigas y apoyando la espalda contra la inclinación del techo; intentaba colocarse de un modo en el que pudiera amamantar a la bebé mientras se mantenía fuera del alcance de los demás. La pequeña se calmó de inmediato.

—Si se la llevan —les dijo con un gruñido—, la encontraré. La encontraré y la traeré de vuelta a casa. Ya verán si no.

—¿Y vas a enfrentar a la Bruja? —dijo Gherland entre risas—. ¿Tú sola? Ay, pobre de ti: eres un alma adolorida y extraviada —sus palabras eran miel, pero su rostro era una brasa encendida—. La tristeza te ha hecho perder la cordura. Pobrecita, el impacto ha alterado tu mente. No importa. Te vamos a curar de la mejor manera de que somos capaces, querida mía. ¡Guardias!

Tronó los dedos y un grupo de guardias armados entró en la habitación. Era una unidad especial enviada, como siempre, por las Hermanas de la Estrella. Portaban arcos y flechas y llevaban espadas filosas enfundadas a la altura del cinturón. Con sus largos cabellos formaban trenzas que sujetaban firmemente alrededor de la cintura; un testimonio de los años de contemplación y entrenamiento para el combate que habían pasado en la cima de la Torre. Sus rostros eran implacables como las rocas, y los Consejeros, a pesar de su poder y estatura, se hacían a un lado frente a éstos. La de las Hermanas era una fuerza temible. Con ellas no se juega.

—Quítenle el bebé de las garras a esa lunática y escolten a esa pobre a la Torre —ordenó Gherland. Miró fijamente a la mujer en lo alto de las vigas, quien de pronto se había puesto muy pálida—. Las Hermanas de las Estrellas saben muy bien cómo tratar a las mentes perturbadas, querida mía. Estoy seguro de que sus tratamientos no deben doler casi nada.

El guardia era eficiente, tranquilo y completamente implacable. La madre no tenía ninguna oportunidad frente a él. En cosa de un momento sujetó a la mujer, la maniató y se la llevó lejos de ahí. Sus gritos reverberaban en toda la silenciosa ciudad y desaparecieron súbitamente cuando se cerraron los enormes portones de madera de la Torre, aprisionándola.

La bebé, por su parte, una vez que fue puesta en los brazos del Gran Consejero gimoteó un poco y luego fijó su atención en el rostro ajado que tenía frente a sí; en las arrugas, pliegues y

cicatrices. La bebé poseía una mirada solemne: tranquila, escéptica e intensa, lo que dificultaba que Gherland le quitara los ojos de encima. La niña tenía unos ojos negros, hermosos, al igual que sus bucles. Su piel era luminosa, como el ámbar pulido. En el centro de la frente tenía una cicatriz en forma de media luna. La madre tenía una cicatriz muy parecida. La sabiduría popular decía que esas personas eran especiales. Gherland despreciaba la sabiduría popular las más de las veces y definitivamente no le gustaba cuando a los ciudadanos del Protectorado se les metía en la cabeza la idea de que eran mejores de lo que realmente eran. Frunció el ceño aún más y con la frente arrugada se le acercó a la bebé, la cual se limitó a sacar la lengua.

“Qué niña más horrible”, pensó Gherland.

—Caballeros —dijo en el tono más ceremonioso que pudo encontrar—. Ha llegado la hora —y la bebé eligió ese preciso momento para dejarle a Gherland una mancha húmeda, tibia y de tamaño considerable en el traje. Él fingió no darse cuenta, pero por dentro estaba que echaba chispas.

Lo había hecho a propósito. Gherland estaba seguro. Qué criatura más asquerosa.

La procesión fue sombría, pomposa e insufriblemente lenta, como de costumbre. Gherland estaba tan impaciente que creyó que se iba a volver loco. Sin embargo, en cuanto las puertas del Protectorado se cerraron detrás de ellos y los ciudadanos volvieron con su melancólica prole a sus hogares pequeños y monótonos, los Consejeros apuraron el paso.

—Pero, Tío, ¿por qué estamos corriendo? —preguntó Antain.

—¡Cállate, muchacho! —dijo Gherland entre dientes—. ¡Y mantén el paso!

A nadie le gustaba estar en el bosque, lejos del Camino. Ni siquiera a los Consejeros. Ni siquiera al propio Gherland. El área fuera de los muros del Protectorado era lo suficientemente segura, al menos en teoría. Pero todos conocían a alguien que por accidente se había alejado demasiado, y se había caído en una dolina. O a alguien que se paró encima de un pozo de lodo hirviendo y se le quemó casi toda la piel. O que se fue a dar un paseo por una hondonada donde el aire era malo y nunca regresó. El bosque era peligroso.

Siguieron por un camino sinuoso hacia una pequeña depresión rodeada por cinco árboles antiguos conocidos como las Doncellas de la Bruja. O seis. *¿No solían ser cinco?* Gherland miró fijamente los árboles, los contó de nuevo y meneó la cabeza. Eran seis. No importaba. Seguramente el bosque estaba haciendo de las suyas. Después de todo, esos árboles eran casi tan antiguos como el mundo mismo.

El hueco dentro del anillo formado por los árboles era suave y cubierto de musgo; ahí los Consejeros colocaron a la bebé, haciendo un gran esfuerzo por no mirarla. Se habían dado media vuelta y comenzaban a alejarse a toda prisa del lugar cuando el miembro más joven del grupo carraspeó.

—Así que, ¿simplemente la dejamos aquí? —preguntó Antain—. ¿Y eso es todo?

—Sí, sobrino mío —dijo Gherland—. Así es como se hace —y en eso sintió una súbita ola de cansancio que se posaba sobre sus hombros como el yugo de un buey. Sintió que la columna vertebral se le doblaba.

Antain se pellizcó el cuello: era un tic nervioso que le costaba mucho trabajo quitarse.

—¿No deberíamos esperar a que llegue la Bruja? —preguntó. Los demás Consejeros guardaron un silencio incómodo.

—¿Qué dices? —preguntó el Consejero Raspin, el más decrepito de todos.

—Bueno, sin duda... —Antain comenzó a perder la voz—. Sin duda deberíamos esperar a la Bruja —continuó en voz muy baja—. ¿Qué sería de nosotros si unos animales salvajes encontraran a la bebé antes que ella y se la llevaran?

Los demás Consejeros miraron al Gran Consejero fijamente y apretaron los labios.

—Afortunadamente, sobrino mío —dijo rápidamente, tirando al joven de un brazo—, ése nunca ha sido un problema.

—Pero... —dijo Antain dándose de nuevo un pellizco en el cuello; esta vez fue tan fuerte que se dejó un moretón.

—Nada de peros —dijo Gherland con una mano firme sobre la espalda del muchacho, apresurando el paso hacia el camino bien trazado.

Y, uno por uno, los Consejeros salieron de ahí formando una fila y dejando a la bebé en aquel lugar.

Todos sabían, a excepción de Antain, que el punto no era si la bebé sería devorada por unos animales; eso era lo que seguramente *ocurriría*.

Se fueron de ahí a sabiendas de que seguramente no *había* tal bruja, de que nunca *había* habido una bruja. Sólo había un bosque peligroso, un camino y un firme apego a una vida que los Consejeros habían disfrutado por generaciones. La Bruja —es decir, el creer en ella— asustaba a la gente, la subyugaba, hacía obedientes a las personas; vivían sus vidas en una neblina de tristeza con las nubes de sus penares adormeciéndoles los sentidos y apagándoles la mente. Esto resultaba más que apropiado para el gobierno sin restricciones de los Consejeros. Era algo desagradable, es cierto, pero no podía evitarse.

Escucharon llorar a la bebé mientras caminaban pesadamente entre los árboles, pero muy pronto el llanto cedió ante los ruidos del Pantano, el cantar de los pájaros y el crujir de la madera de los árboles por todo el bosque. Y cada uno de los Consejeros estaba tan seguro, hasta donde le era posible, de que la niña no viviría para ver el día siguiente y de que ellos nunca habrían de escucharla, verla o de volver a pensar en ella.

Creían que ella se había ido para siempre.

Por supuesto, estaban equivocados.